

Amanda Labarca H.

En donde vive la historia (*)



EN febrero de 1948 se verificó en Lake Success el segundo período de sesiones de la *Comisión de la Condición de la Mujer* de las Naciones Unidas. El Gobierno del Líbano envió allí una invitación para que el tercer período se realizara en el flamante palacio de Beyruth, que acababa de servir a la Conferencia Internacional de la UNESCO. Desde esa fecha, las mujeres del mundo sabíamos que las sesiones pertinentes se desarrollarían, no en Lake Success sino en las costas asiáticas del viejo Mediterráneo y que el Secretariado recibiría el privilegio de la hospitalidad del Gobierno del Líbano. Como funcionaria de la NU, hube de prepararme para ir a trabajar en la organización de la Conferencia.

El Medio Oriente. Recordé lo que había leído y escuchado en el alba de mis años acerca de esas tierras de leyenda. Fueron apareciendo en la memoria los cuentos de las «Mil y una noches», las mujeres vela-

(*) Impresiones de viaje por el Cercano Oriente.—Conferencia dada en la Universidad de Chile, bajo los auspicios del Instituto Chileno-Arabe de Cultura.

das, los sultanes todopoderosos; esa multicolor fantasmagoría que acunó mi infancia como la de tantas niñas del occidente que beben su primera copa de poesía en los cuentos orientales. Recordé la Historia Bíblica: las tribus judaicas maravilladas ante los valles de leche y miel, y de los bosques y ríos del Líbano. Todo aquello que yacía olvidado: historia, mitología, leyendas, etc., surgió a la superficie y con esos elementos dispersos principié a construir de nuevo la imagen del sitio a donde tenía que ir.

El histórico Levante, puente, camino y enlace entre Oriente y Occidente. Por allí traficaron en el inicio de los imperios egipcíacos, tal vez 30 ó 40 siglos antes de Cristo, los primeros mercaderes internacionales en busca de mirra para embalsamar a los faraones. Trajín de caravanas, vertedero de cultura por donde fueron perfilándose los signos alfabéticos. Recordé que su situación geográfica convertía a esos países en una fuente a donde pudieron ir a abreviar todos los pueblos comarcanos. Manzana de discordia también, y almacigo de luchas y de invasiones. De las costas fenicias partieron los navegantes que abatieron las columnas de Hércules y depositaron semilla de nuevas inquietudes en todas las costas del Mediterráneo. De allí mismo partió Pablo a enseñar las doctrinas de Cristo. En este Levante surgió la Media Luna del Islam para forjar en el siglo VIII un imperio mayor que el Imperio Romano. Allí fué posible recoger la herencia cultural de los griegos. Antes que en Europa, se erigían universidades en Alejandría, Cairo y Bagdad. Y más tarde, ahí desembocan los cruzados y de nuevo se mezclan oriente y occidente, cristianos y musulimes. Quien medita unos instantes en el seno de estos pueblos, parece que escuchara el paso, furtivo a veces, otras, claro y resonante,

de las distintas culturas de la que nosotros somos herederos y usufructuarios.

Acercándome a la época presente y al hallazgo de las inauditas riquezas petrolíferas que guardaban celosamente en su seno estas comarcas, recordé lo que un periodista norteamericano dijo medio en broma, medio en serio: «Siempre nosotros acusamos a los demás de lo que nos sucede. Adán culpó a Eva; Eva a la serpiente; pero si la serpiente hubiera hablado, tal vez le habría echado la culpa a la manzana». Porque donde hay una manzana que codiciar, allí llega la avidez humana a perturbar la paz y a ahuyentar la idílica belleza de la tierra. Tal les ha sucedido a estos países levantinos. Han tenido siempre una manzana codiciada. En un principio, porque allí los traficantes hallaban sendero y hospitalidad; después porque fueron asiento de notables califates y sede religiosa de millones de fieles. Cruzados con ansias de arrodillarse ante el Santo Sepulcro; mahometanos en peregrinaje, caravanas ávidas de lucro, todo se dan cita en estas encrucijadas de los mundos.

Me preguntaba desde niña, por qué se lanzaron los navegantes en busca de las especias, qué significado tenían en la economía de la época. Supe más tarde que antes de la refrigeración de hielo, ellos proveían el único medio de conservar las viandas. Cuando los turcos impidieron el paso al través del Cercano Oriente, azuzó a los hombres el afán de ir a buscarlas por otro camino. Se lanzaron a mares tenebrosos los portugueses y después Colón, que no llegó al Catay, sino que descubrió, de paso, nuestro continente. Se franqueó otra ruta para alcanzar las tierras de los tesoros y de las especias; y con ello se dió comienzo a la época de los sistemas coloniales de ultramar. Para guardar las

puertas de acceso a las colonias del extremo Oriente, Inglaterra extendió su esfera de influencia a Egipto, y Francia, su rival, abre el Canal de Suez. Y después: las laberínticas intrigas políticas de los últimos decenios, que embriagaron el desarrollo moderno de estas regiones. Sería largo e indiscreto dilucidarlas. Volvamos al comienzo de este viaje, que fué para mí la realización de un antiguo sueño.

Como funcionaria de las Naciones Unidas, tuve que preocuparme de tomar las medidas necesarias para que la Conferencia de Beyruth significara un paso más en el progreso de la condición de la mujer en el mundo y un buen éxito para el Secretariado de la NU. Acompañada de un grupo de técnicos y de un gran volumen de documentos, partí. Viajé en avión; primero a París, después a Suiza e Italia, parte porque tenía que cumplir compromisos, parte por visitar museos y monumentos.

Una noche, más o menos a las dos de la mañana, tomé el avión a Atenas. Era la primera vez que me encaminaba allá. Atenas inmortal, vertiente inexhaustible de arte y vaso en que florece el Occidente y el Levante. No fué mucho lo que vi, porque todavía Grecia estaba en pie de guerra. Eran los fines de marzo de 1949. El pueblo parecía penosamente exhausto. Los oficiales de la Armada y el Ejército tenían sus vivacs en los mejores hoteles; los toques de queda eran imperativos; no se podía transitar por las calles sino a ciertas horas.

Hay menudos detalles inolvidables: el de sentirme analfabeta. Títulos y rótulos estaban escritos en griego y al principio no pude descifrarlos. ¡Qué vergüenza sentía al comprender que mis conocimientos eran

tan incompletos que no me alcanzaban ni para leer los rótulos de las calles!

Cuarenta y ocho horas duró mi visita. En realidad, sólo miré detenidamente la Acrópolis. Dos días son demasiado breves para impregnarse de la atmósfera de esa ciudad que los poetas clásicos veían coronada de violetas. Violeta, malva y rosa son sus atardeceres magníficos sobre las colinas y sobre el Pires. Pero eso no es todo. Lo que el visitante abarca con los ojos de la cara, es la cáscara, la materia de tres dimensiones. Lo que percibe espiritualmente, en una visión en que el tiempo y el espacio se confunden, es algo muchísimo más vasto y magnífico. El pasado habla desde cada una de esas ruinas, como si en esta atmósfera transparente de Atenas—por un fenómeno parecido al de la onda de radio, en vez de escuchar sonidos que no pueden captarse a oreja desnuda—así captáramos imágenes que llegan a nosotros desde la profunda vastedad de los siglos. He aquí donde estaba la estatua de Minerva. Una la ve, majestuosa, armada. No hay necesidad de que esté presente. Cuando el guía advierte: «allí bebió Sócrates la cicuta», nos parece escuchar sus frases tal como las ha transcrito Platón. Hay una visión espiritual que anima de modo inmortal los restos de esos templos. Me emocionan más profundamente que si estuvieran perfectos, o hubieran sido reconstruídos. Me dan la medida de la gloria y de la estulticia humana. Momentos fueron los de Atenas de una comunión estética inolvidable... Y aprendí, con vergüenza dolorida otra lección: ¿Cómo pudo el hombre destruir impiamente una obra de belleza que fué la cúspide gloriosa de siglos de cultura? ¿por qué no la respetó? ¿Cuántos años de esfuerzo y de arte se necesitaron para calibrar sus columnas? Y unas horas

de saqueo e incendio, unos minutos de bombardeo, las abatieron. Esa capacidad para destruir hirió en lo hondo mi optimista estimación del *homo sapiens*. Del hombre inculto no puede esperarse que respete la cultura. El arte y la belleza no abaten sus pasiones.

Conversé con algunas mujeres de la Cruz Roja. Me decían con frase muy gráfica: «Después de 8 años de guerra estamos extenuadas y paupérrimas; ya no tenemos alimentos que dar a los niños, ni ropa con qué vestirlos; ni siquiera nos quedan sábanas para hacer vendas para los heridos». Grecia estaba al cabo de sus fuerzas. Esta fué la sensación lancinante de la Atenas que yo vi.

La jornada siguiente fué Cairo. Llegué muy de mañana. Un aeródromo pequeño, pero bien equipado. Tuve allí el primer impacto de la mujer velada. Yo no creía que todavía se llevara el velo, en estos tiempos y ni aún en estos países. Tapada no con un cendal sutil sino con un manto negro y espeso que cubre toda la cabeza. Allí subsistía una condición de femineidad que yo creía desaparecida del haz de la tierra.

El día en que llegué, las tropas volvían de sus campañas de Palestina. En las aceras se apretujaba la gente vitoreándolas; hombres y muchachos; mujeres casi ninguna. Las pocas que divisé se escondían tras ese manto tupido o llevaban algo como una evolución del velo. Una serie de cordones o cintitas negras de metal que cubren la cara a manera de celosía y que se sujetan con una pequeña montura de metal sobre la nariz. La mujer andaba tras de rejas. Esa fué mi dolorosa interpretación. Todavía no se les confería la dignidad de seres libres, capaces de enfrentarse a cara descubierta con la vida.

Me alojé en un gran hotel de esos en que pulula el

mundo cosmopolita. Hoteles en que las mujeres y los hombres hacen la vida frívola, de téés y cócteles. En el vestíbulo y en el piso bajo, cosmopolitismo. En los pisos superiores, no se veían empleadas domésticas casi. En un 90% hacían el trabajo los hombres, que vestían una especie de túnica talar sujeta a la cintura con una ancha faja de color. Me producían una rarísima impresión: mezcla de repugnancia y de miedo. Me recordaban a los personajes que guardaban los serrallos.

Acompañada de unos amables y gratos compatriotas, crucé varias veces el Nilo y visité las pirámides. Estaban, antiguamente, revestidas, de manera que sus flancos era lisos. Esa cubierta se ha ido perdiendo y ahora se las ve escalonadas, muy semejante a las que en México denominan del Sol y de la Luna. Esta similitud entre aspectos de la cultura Maya y la egipcia que ya me había llamado la atención cuando visité México, surgió ahora mucho más vívida. Difícil es, sin embargo, deducir parentescos próximos; aunque los lejanos son todos posibles...

No descendí a los vericuetos de sus tumbas vacías, sino que las rodeamos para contemplarlas en sus soberbias dimensiones; amas y señoras de los siglos. La esfinge parece haberse hundido más en la arena y haber sufrido más del azote de los vientos. Sin embargo, todavía se la siente como el alma de una raza que majestuosa y hierática, protegiera los arcanos del desierto.

De allí al museo del Cairo hay apenas una media hora de automóvil. Este sí que lo visité despacio y repetidamente. Los tesoros de la tumba de Tutankamon cautivan más de pronto. Pero poco a poco, es la estatua de Ramsés, son los innúmeros sarcófagos los

que hablan con mayor elocuencia. Sin duda que el tesoro de Tutankamon está fuera de ponderación. Lo que encerraba su tumba era una réplica a escala reducida de todo su mundo. ¡Qué cantidad de objetos, de figuras, de utensilios y de joyas primorosas!

Rígidas y solemnes las estatuas de los dioses y de los faraones. Mudos y hostiles al mundo de los vivos. La concepción del más allá que tuvieron los sacerdotes faraónicos imprime carácter a cuanto salió de las manos del antiguo Egipto. Contrasta fundamentalmente con el arte griego. En todo su arte, Grecia rendía culto al agro soleado, a sus montañas violetas, al mar de donde surgió Afrodita. Arte y goce de vivir se fundían. En la belleza palpitante, se inspiró Fidias. Egipto piensa antes que nada en la muerte; esta vida es un breve e insignificante tránsito para la otra. El griego apreciaba esta vida, quería que florecieran aquí la filosofía y el arte, y sobre todo el amor que permite que el mundo, la humanidad, siga viviendo y siga esperando.

En el Cairo emprendí otra vez el vuelo. Ahora en una línea árabe cuyos títulos estaban en signos que tampoco supe leer. Con cielo azul y mañanero, llegué a Beyruth, ciudad en donde iba a permanecer más de un mes. Tiene alguna semejanza con Valparaíso. Se apretuja en una angosta planicie costera protegida por altos cerros. El paisaje flanqueado por montaña y mar, me recordaron de inmediato a Chile.

Una comitiva de señoras me aguardaban. La presidía la doctora Jamal Kairam Harfouche a quien había tenido el placer de tratar en las Naciones Unidas. Educada en la Universidad Americana de Beyruth había viajado por Europa y Estados Unidos.

El Gobierno Libanés tuvo la gentileza de nombrar

a esta comisión para atender a las delegadas. Y a fe que desplegaron un tacto y una simpatía inolvidable. Era un grupo valioso. Laura Tabet no sólo tenía el aspecto de una mujer parisina. Su gran devoción por la cultura francesa la hacía digna de sus antepasados galos. Su casa, en que tapices de Damasco alternaban con porcelanas de Sevres, en nada desmerecía de las residencias más encantadoras y agradables entre las occidentales. Muy cordial en sus atenciones; su simpatía, y su obsequiosidad se anticipaban a nuestros deseos para satisfacerlos. Como ella, Evelyn Bustros, Najla Kfoury y tantas otras que recuerdo con emocionado afecto.

La ciudad de Beyruth rebosaba de forasteros. Además del grupo considerable de los miembros del Secretariado que íbamos a atender la Conferencia Femenina estaban los que negociaban el armisticio entre el mundo árabe y el judío. Una reunión de Ministros de Relaciones del Medio Oriente, contribuía, además, a abarrotar los hoteles. No pudo acomodarse a nuestros delegados y sus secretarias en los de la ciudad. Se abrió, especialmente, entonces, un hotel a media falda del Líbano, el Tanios, en Aley, como si dijéramos Paidahue con respecto a Santiago. Sitio de verano bellísimo con un verde anfiteatro de colinas a su ruedo y el mar azul del Mediterráneo asiático a sus pies. Pero frígido, en esos comienzos de primavera. Y aunque encendieron la calefacción del ala en que nos alojaron, los delegados norteamericanos, sobre todo, solían dar diente con diente. Porque la primavera libanesa se inicia como la nuestra de Chile—con temperaturas friolentas.

No se me había ocurrido que era mi obligación hacer una visita oficial a las autoridades. Fué una de mis

amigas libanesas la que me preguntó: ¿Cuándo va a a saludar al Presidente, al primer Ministro, etc.? Fijé el día y pensé ¿con quién me voy a acompañar? La señora Kafuch era mi introductora, pero ¿quién de la delegación de las Naciones Unidas? Me repuse: la persona que me siga en jerarquía. Era un funcionario de origen holandés. Un hombre distinguido y fino que en cuanto le expresé que debíamos prepararnos para cumplir con esos protocolos, se puso a mi entera disposición.

Fuimos a visitar al Presidente de la República. A sus méritos de estadista, añade los de una cortesía sencilla y acogedora. El anhelo de dar a conocer al mundo la moderna organización de su patria, motivó su invitación a la Comisión de la Condición de la Mujer. Se la agradecemos muy sinceramente, porque a no ser por ésta, ni los miembros del Secretariado ni las damas de la Comisión, habrían gozado de la oportunidad de llegar hasta allí, ni habrían tenido ocasión de aquilatar las virtudes de este pueblo. Pasamos después a cumplimentar al Ministro de Relaciones; no estaba en su despacho. Dejamos tarjetas y nos dirigimos a la casa del siguiente dignatario. Narraré en detalle esta visita porque me dió a conocer singulares aspectos de la vida hogareña. Nuestra amiga, la señora Kfoury, nos condujo al segundo piso de la casa-habitación de este señor. Quien nos recibió nos dice: «El Ministro sufre un ligero resfrío. Está en cama». Ibamos a dejar nuestras tarjetas e irnos, cuando la amiga libanesa que nos acompañaba, íntima de la esposa de este Ministro, nos dice: «No se vayan, saludemos a la señora, aguarden aquí». Entró a los aposentos interiores y a poco aparece un edecán: «Su Excelencia—expresa—aunque se halla resfriado, tendrá mucho

gusto en recibir al señor en sus aposentos» (señalando a mi acompañante). Pasaron ambos a las habitaciones de Su Excelencia y a poco llega a la salita en que estábamos, su esposa con quien muy cordialmente iniciamos una conversación en francés. Era una mujer hermosa, joven y vestida con elegancia europea. No supe si porque estaba por salir en ese momento o porque ese tocado era a la moda, un velito negro, muy coqueto, le cubría la nuca y se extendía como un nimbo sobre la cabeza. Conversamos de la tarea que me estaba encomendada; de las huéspedes internacionales que se reunirían en el Líbano, etc.

Yo estaba un poco inquieta, porque la charla se alargaba. Decidí despedirme y rogué anunciaran a mi compañero que ya nos íbamos. La esposa del Ministro se despidió entonces de mí y me rogó que la excusara porque había de salir. Mi compañero apareció luego por otra puerta con el edecán. Mientras descendíamos las escaleras, comentábamos: ¡qué gentileza, qué hospitalidad! La señora Kfoury, sin embargo, nos confió después: «No sé qué decirles, perdónenme, yo los puse a Uds. en una situación difícil. Me olvidé que la señora del Ministro es musulmana y no puede recibir hombres». De modo que esos manejos para que mi acompañante visitase al Ministro mientras yo conversaba con la señora, tuvieron por objeto alejarlo a él y no hacerme una descortesía. Naturalmente, que no todas las libanesas son musulmanas. Por el contrario, me aseguraron que el 60% de la población era cristiana. Y debe ser así, porque en las calles de Beyruth, mientras una que otra lleva el velo, muchas jóvenes y elegantes señoras van tocadas a la europea y viven en consonancia con el mundo moderno occidental.

Es que el Medio Oriente es aún hoy una tierra de contrastes, en espacio y tiempo. Allí vive la historia; allí se confunden los siglos. Lo arcaico y lo moderno coexisten. Al salir de excursiones, veíamos al beduino y su camello, tal como en las viejas estampas de las «Mil y una noches» y traficando por la misma ruta, un camión repleto de pasajeros o un automóvil Buick de último modelo.

Llegó rápidamente el día en que debíamos inaugurar el tercer período de sesiones de la Comisión de la Condición de la Mujer de las Naciones Unidas. Un grupo de delegadas eminentes de 14 países y de observadores venidos de otros tantos, sesionaron durante quince días. Convergían desde la amplitud del globo. Desde China, Siria y Australia, hasta Venezuela y México pasando por Grecia, Rusia, Suecia, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. No es este el momento de comentar sus sesiones. Apenas si cabe decir que tanto como los ítems de la orden del día, fueron para todas nosotras intensamente instructivos los contactos personales, las conversaciones en que se mostraban la unidad de aspiraciones femeninas y la diversidad de obstáculos que en todas las latitudes se les oponen.

Aprendí a valorar el significado de haber nacido bajo el signo de la civilización cristiana. No es que en todo el mundo occidental la mujer goce de derechos semejantes a los del varón, ni tampoco que se la estime en paridad con él. No. Pero esencialmente se la tiene por «persona» y no por cosa. En la pureza del cristianismo primitivo ella quedó a la par del hombre incorporada a la grey de Cristo. Las leyes—las profanas como las canónicas—rebajaron después su «status». pero ella puede fundar sus reivindicaciones en una igualdad reconocida ante el Dios que adoran los pue-

blos occidentales en su gran mayoría. Muy distinto es el caso en otras culturas. Las aspiraciones igualitarias de las mujeres hallan su escollo máximo en la propia religión. Es una lucha más enconada, más dura, más áspera a la cual ellas se ven abocadas.

Junto con el programa de trabajo, la Comisión de Señoras Libanesas nos había preparado algunas excursiones.

La visita a Tiro y Sidón fué la primera. La carretera asfaltada serpentea entre ensenadas marinas y cerros costaneros. Aquí y allá ruinas fenicias, templos griegos, fortalezas del tiempo de las Cruzadas. Sentía vibrar allí siglos de esfuerzos, de luchas de superación y de rabiones de odios y rapacidades. Junto con las cruces, los minaretes. Al lado de los conventos de los caballeros hospitalarios, tumbas y mezquitas musulmanas. Ovejas y cabras en los cerros ásperamente trabajados. Viajantes y camellos por los caminos. De Sidón recuerdo algo más que ruinas, un rasgo del alma libanesa. Habíamos planeado almorzar a orillas del mar, en un merendero famoso por sus guisos de pescado, un sitio de gran belleza y muy semejante a los que mecen las olas del Pacífico en Iquique, Valparaíso o Concón. Iba con nosotros un intérprete ruso que había vivido mucho tiempo en París. Me había dicho a mí, como jefe del grupo, que deseaba aprovechar el viaje para buscar cerca de Sidón a un médico que no conocía, pero con cuyo hermano había intimado en París. Traía para él una carta de presentación. Antes de llegar a Sidón, indagó su residencia y le dijeron que tenía su casa de campo por allí.

Hacemos un alto a ver si lo encuentra y a poco aparece con el doctor, quien de inmediato me ruega: ¡«No querrían Uds. hacerme el honor de almorzar con nos-

otros?» Pensando que éramos más de 15 personas, me excusé. El insiste: «Aunque mi esposa no está en casa, algo podemos hacer para recibirles decorosamente; sería un placer, háganme el servicio de aceptar». Como viera él que era rotunda mi negativa, concluye por preguntarme: «¿Tendrían inconveniente en que los acompañase?» Naturalmente que no. Era un hombre culto y muy conocido en la región. Llegamos a la venta. Nos atendieron muy bien. No hablaré de menú, que muchas veces he recordado, porque resultó igual al de las meriendas poblanas que hemos saboreado en nuestras Américas. Lo que creemos aquí típicamente popular, es idéntico a lo que yo estaba sirviéndome esa mañana frente al mar fenicio. Cuando pedimos la cuenta, ya estaba pagada. El doctor libanés se nos había adelantado. Como no habíamos aceptado ir a su casa, él nos hacía los honores de la hospitalidad de su país. Líbano me convenció de que la decantada hospitalidad española y la nuestra provienen de los árabes. Mil y un detalles me lo corroboraron en mi estada en el Cercano Oriente. Qué falaz me pareció, mirada desde esas comarcas, la historia que aprendemos en el colegio. Nos cuentan que los españoles lucharon ocho siglos contra el moro afincado en la península, hasta expulsarlo. Y entretanto ¿qué? Los árabes sembraron allí su sangre, sus costumbres, sus artesanías, su lírica y su ciencia. Como los andaluces, los sudamericanos tenemos mucho de moros. Si los españoles son nuestros padres, los árabes son nuestros tíos. Mil usos nuestros populares, encontré vivos en esas tierras. ¿Recuerdan Uds. a las tapadas limeñas? Las que se cubrían con un velo casi todo el rostro, dejando libre apenas un ojo. Estas mujeres de las tradiciones peruanas, las topé mil veces en Tiro,

en Sidón, en las calles de Beyruth. Los mantos en que tan graciosamente se envolvían nuestras abuelas, estaban allí. Como también las encubiertas de las comedias de capa y espada del siglo de oro español.

Larguísimo sería—y acaso fatigoso—menudear detalles. Fueron tantos, que no caben dentro de los límites de una charla. Pero es imposible pasar algunos en silencio. La formidable visión de Saalkek, por ejemplo. Originariamente hubo aquí un templo fenicio dedicado a Baal, Dios del Sol, que los griegos llamaron después Helios. Los romanos, dándose cuenta de cómo la tradición persistía en ese sitio privilegiado por el sol y con una atmósfera de cristal, lo deificaron, lo convirtieron en el siglo III de nuestra era en un santuario maravilloso, comparable sólo en majestad y esplendor a la Acrópolis de Atenas. El gigantesco templo de Júpiter eleva sus columnas de 17 m. de altura con chapiteles y cornisas tallados a maravillas. A su vera, y como rindiéndole homenaje, los templos de Venus y de Baco. Todos construídos sobre los cimientos fenicios del antiguo santuario, cuyas piedras ciclópeas aun sostienen las ruinas en que los convirtieron los cruzados, los turcos y todas las mesnadas victoriosas que por allí se precipitaron.

En esas visitas a ruinas y monumentos crucé de un lado a otro el país. Tierras en gran parte erosionadas y a las cuales un pueblo laboriosísimo trata de extraer su escasísima savia. Los camellones, fileteados en terrazas, son algunas veces tan escarpados y angostos que apenas si dejan paso al hortelano que cuida una viña, un limonar, una línea de olivos. Agro cultivado durante milenios y que ha soportado una y mil veces las devastaciones de soldadescas triunfantes.

El valle entre el Líbano y el Antilíbano, valle que

pude contemplar a mi sabor en dos viajes que efectué a Damasco, de nuevo me trajo el recuerdo del valle Central de Chile. Por contraste con las colinas anteriores, es de gran fertilidad y sirve de granero al Líbano y a Siria.

Para llegar a Siria, hube de atravesar, primero, las cumbres altas del Líbano, coronadas de nieve. A pesar de que despuntaba la primavera, la gente moza todavía hacía esquís. Jóvenes en trajes de sport esquiando a un lado de la autopista y al otro, los rebaños de cabras y los beduinos con sus camellos. Impresionante conjunción de eras.

En Damasco, naturalmente, fuimos al famosísimo Bazar. Como todos los orientales, es mercado y taller al mismo tiempo. El artesano labra la plata, bruñe el bronce; el orfebre talla sus joyas. El pastelero fríe sus buñuelos. Todo para ser vendido allí mismo. Había desde las cosas más inútiles, fierros viejos, muebles desvencijados, hasta las joyas más primorosas y los tapices más estupendos.

Más que en el Líbano, es violento en Siria el contraste entre lo arcaico y lo modernísimo. Junto a las mezquitas de empinados minarettes y domos policromados de azulejos y arabescos, se alzan los barrios nuevos, florecientes, llenos de calles recién abiertas, de chalets que huelen todavía a mezcla no bien seca. Y unido a eso, costumbres y visiones que aparecen arrancados del siglo décimo. Porque Siria es en un 60% mahometano y, por lo tanto, mucho menos occidental que el Líbano.

Visité un Liceo. Las niñas se preparaban para el Bachillerato. Todas, dentro de las clases, llevaban un velito en la cabeza. Pregunté a la profesora por qué se tocaban así en el colegio. «Es porque también te-

nemos profesores hombres», me contestó. Debo decir, sin embargo, que en el grupo que me acompañaba iba una muchacha siria, doctora en leyes por la Universidad de París. Era de las mejores abogadas con que contaba la nación. Y había dejado de mano indumentaria y hábitos orientales.

Me asomé también a Tierra Santa. Sería menguar su imagen describirla en ligeras frases. El Santo Sepulcro, el Monte de los Olivos, gravitan demasiado en la conciencia occidental para referirse a ellos sólo de pasada. Los reservaremos para otra ocasión. No voy a describir sino lo que vi de la guerra. Apenas días antes se había firmado el armisticio. Cruzar del lado árabe al judío era irrumpir por una doble línea de bayonetas, entre alambrados espesos. La enemistad y el odio eran tan hondos que la atmósfera se hacía irrespirable. Cuando se hablaba con un árabe, asesinaba con sus palabras al judío y éste reflejaba en su actitud que apenas si podía contener su odio mortal al árabe. Los impactos de los combates recientes se veían en hombres y en cosas; en las actitudes y en las paredes. Estaban en ese momento en Jerusalén los oficiales enviados por las Naciones Unidas: Francia, Norteamérica, etc. Quien servía de oficial de enlace entre ellos, era una mujer. Una mujer que pertenecía al Ejército de Transjordania. De nuevo irrumpía el contraste de las civilizaciones. Mujeres encerradas en harems y hurtadas a la órbita que le asigna el mundo oriental y mujeres de vanguardia que representaban el futuro.

De Palestina y Siria seguí a Estambul, que continúa siendo uno de los parajes más fascinantes del mundo. Museos, palacios, mezquitas, los vi allí como en El Cairo o en Damasco, pero ninguna que alcance

el esplendor maravilloso de la mezquita de Córdoba, en España. Y palacios de sultanes, pero ninguno de más romántica poesía que la Alhambra de Granada. Fué cuando el árabe se desposó con tierra española, cuando produjo sus obras más asombrosas. De ese maridaje provinimos los españoles de América y en él debemos buscar uno de los secretos de nuestra civilización, de nuestra cultura, de nuestra propia alma.

